

El Sudor del Obrero

Organo de la Agrupación Socialista y de las Sociedades Obreras de esta ciudad

SE PUBLICA CUANDO SE PUEDE

GRATIS A LOS SOCIOS

Redacción y Administración:
J. NAVARRETE, NÚMERO 44

No se devuelven los originales.

¿Progreso?

Desde que la sociedad aparece organizada y reglamentada, la palabra Progreso suena mal en los oídos de los magnates y privilegiados y resuena aun en una parte del pueblo.

Desde Sócrates á Cristo, desde Cristo á Juan Hus, desde Juau Hus hasta nuestros días, ¡cuántas víctimas! solo por las reformas en el dogma.

Moisés impone á Israel sus leyes en nombre de Dios y hace una Religión de su sistema político-social.

Mahoma copia de Moisés, y Licurgo bajo solemne juramento, quiere hacer leyes eternas, como queriéndolas hacer cumplir á las generaciones venideras.

Todo, todo quietismo, estancamiento. ¿Progreso? quien tal dijera, el fuego, el hierro, la cruz; esto por el dogma; que por lo político, la ley.

Y téngase en cuenta que todas las leyes han sido hechas por los sabios de cada época, á quienes no le ha cabido en la cabeza ó no han querido comprender, la evolución de los pueblos; para ellos sus leyes han sido imutables.

Esto que ocurrió en la edad antigua y en la media, lo vemos hoy también; y como prueba el actual Gobierno nos dá la razón: los hechos son bien evidentes.

Tal vez se diga que en este país se goza de libertad que no tienen otros; á ello contestaremos, que se debe á que el pueblo se ha impuesto, por las razones de la evolución natural de que antes hacíamos mención.

Por las calles de las principales capitales de la Rusia, corre la sangre, de cuyo resultado nace la Duma, contra quien no pasa de dar zancadillas la nobleza y los grandes Duques.

Reciente está Turquía con sus grandes matanzas, por un sultán que después de dar una Constitución á su pueblo, se la arrebató.

¿Y á qué seguir? Aparte de que el hombre tiende á su perfeccionamiento,

se progresa, gracias á los medios de comunicación y transporte, en que el internacionalismo se vá fundiendo en nacionalismo y por lo tanto, los pueblos no viven aislados, que es el mayor enemigo del progreso.

X.

Junta local de Reformas Sociales

El día 1.º de los corrientes celebró sesión extraordinaria la Junta local de Reformas Sociales, para elegir de entre sus vocales el que había de ocupar la presidencia de la Junta local del Censo.

Presidió el acto el Sr. Alcalde y asistieron además de la representación obrera, los vocales natos y cinco de la clase patronal, aunque algunos de éstos en calidad de suplentes.

No ignoraba la representación obrera el resultado de la elección, por cuanto está convencida hasta la evidencia del proceder de la clase patronal, aunque en ésta exista diferentes criterios políticos. Por eso, á pesar de tener descontada nuestra derrota en la votación, no titubeamos en concurrir á ella, porque ejerciendo un derecho satisfacíamos un deber.

Lo que no podemos pasar sin censura, es, la conducta del señor Alcalde, al contestar en la forma que lo hizo, á uno de nuestros compañeros por el solo hecho de pedir éste que se le pasara lista á la representación patronal como lo hicieron con nosotros.

El señor Alcalde contestó en forma destemplada, diciendo que la presidencia sabrá cumplir con su deber, por lo que obligó á callar injustamente á nuestro compañero.

Pero como nosotros tenemos siempre la convicción de nuestros actos y de ellos respondemos dónde y cuándo se nos llame, vamos á decirle al Sr. Alcalde, que al menos, dentro de la Junta local, no sabe cumplir con su misión de Presidente.

¿No sabe el Sr. Alcalde que las sesiones de la Junta local son secretas?

Y si lo sabe, ¿por qué consintió que permanecieran en ella elementos extraños á la misma?

¿No sabe también el Sr. Alcalde que tiene el deber de convocar á sesión por lo menos, una vez cada mes?

Todo esto y mucho más sabemos nosotros y no protestamo ni protestaremos; porque ¿para qué?

Dejemos que obren libremente, á los que, á pesar de ocupar los primeros puestos, tienen que mendigar votos de curas, panaderos y pescaderos, para seguir tirando.

En otras ocasiones ha tratado la representación obrera de la referida Junta, asuntos, que por su índole moral, ha merecido la aprobación de la representación patronal de la misma, y á pesar de la bondad de los asuntos tratados, jamás hemos visto al cura ni al médico en ella.

¿Por qué asisten el médico y el cura, solamente á las sesiones en que sospechan que pueden obtener algún puesto importante la representación obrera?

Pues por la sencilla razón de que el médico es un asalariado del Municipio á las órdenes del Sr. Alcalde, y el cura, porque responde al concepto que de ellos tenemos formado, ó lo que es lo mismo, que es compatible ser representante en la tierra de Aquél que predicó la humildad y la pobreza y ponerse incondicionalmente al lado del que ejerce, por toda razón, la fuerza, ó tiene lo suficiente para unas cuantas misas de San Gregorio.

Nada Sr. Alcalde, V. S. es político, y como político tiene el deber de ser amable y cariñoso con sus administrados, aunque no sea más que por pura fórmula, porque resultaría una contradicción, que los que abandonaron la Escuela á los diez años para aprender á ganar honradamente el pan, tengan que dar al representante del pueblo lecciones de cortesía.

Y no vá más por hoy, Sr. Alcalde, pero tenga V. E. presente que la vehemencia no es compatible con ciertos cargos.

EME

Arañazos

Continúan las obras del adoquinado en la calle del *impio Sagasta*, y á juzgar por las apariencias, será la calle mejor arreglada de la localidad.

Esto no nos desagrada, antes al contrario, la aplaudimos aunque el señor Rodríguez Vázquez se *chinche*.

Lo que no merece nuestra aprobación es, que mientras se decoran ciertas calles como la mencionada, se olviden otras como la de Jesús Nazareno y parte de la de San Bartolomé, donde el hedor que despiden sus caños se hace insoponible é impropio de una población que aspira á ser la primera estación veraniega del litoral.

Y bien mirado, no es de católico como debiera, tratándose de un Ayuntamiento subordinado de un Gobierno jesuítico; porque atender al *impio Sagasta* y dejar que se ahoguen en inmundicias nuestro padre Jesús y el bueno de San Bartolomé, no nos parece correcto.

Conque señor Alcalde, ¿se acordará V. S. de los pobres que viven con San Bartolomé y Nuestro Padre Jesús? Porque los que veranean también pasan por esas calles, y eso es una vergüenza, señor Alcalde.

Como saben nuestros lectores, la camisa que el ex-matador de toros don Luis Mazzantini llevó á Melilla para entregar al soldado que vendió la suya para admirarlo en su arriesgada profesión, ha llegado felizmente á su destino y le ha valido al propio don Luis una estruendosa ovación en pleno Riff, que ha dejado tamaña á cuantas conquistó en su larga carrera de torero.

Nada, señor don Luis, que después de la ovación en Zeluán, no hay más que agarrarse nuevamente al *coche de marra*, lanzar un par de vivas y... carrera concluida.

Adelante don Luis, V. llegará... mientras tenga un *cojo* que le empuje.

Según de rumor público se dice, el señor Alcalde ha recibido una carta de un sevillano que pasó la anterior temporada veraniega en ésta, en la cual hacía constar que le agradaba las condiciones de la población para estación balnearia, como así mismo el trato social de sus habitantes.

Lo único que le molestaba, era el constante pregón del vendedor ambulante, cosa que le desagradaba en extremo.

Nosotros no sabemos si el referido señor será uno de los muchos *permazos* que en todas partes abundan. Pero si ha tenido la desgracia de oír cantar en un *jípio* catorce veces seguidas:

«¡Sandia colorá, colorá, colorá!» Y en la hora de la siesta:

«¡Que gorda la llevo hija! ¡Cuatro un real y cinco un real!»

Si ha oído esto, hay que darle la razón y tal vez sea motivo para que no vuelva.

Porque la verdad; una cosa es pregonar y otra es... fastidiar.

Tal vez lleve razón el sevillano.

EL SUPLENTE DEL GATO.

El escantillón

Ni la floxera ni la langosta han causado ni causan más estragos á la humanidad, que en la actualidad están causando al gremio de toneleros los egoistas y nunca satisfechos exportadores de vinos.

De igual manera que los insectos mencionados van estos ambiciosos vinateros impulsados por la codicia destruyendo sin miramientos ni conciencia, á esta empobrecida y sin vida industria tonelera; y habiendo ya destrozado para largo tiempo el mercado de tan industrioso como necesario gremio valiéndose para ello de la escasez de trabajo por que atravesamos, y no sabiendo ya los exportadores de vinos como hacernos el sexto mandamiento, exigen ahora de los dueños ó maestros toneleros unos gruesos en las vasijas tan sumamente exajerados, que ya es escandaloso por lo imposible que se les hace tanto á patronos como á obreros poderlos sobrellevar.

¿Qué les importa á esos tiranos que acaben de arruinarse los primeros y que los segundos vayan á dar con sus cuerpos en ese imponente abismo que llamamos miseria?

¡Cuánta iniquidad por querer enriquecerse á costa del débil!

Este maldito escantillón nos trae de cabeza y á pesar de esto aun hay maestro tonelero que se someta á esta asquerosa y vil explotación; no parece sino que le regalan los materiales ó que el representante de éstos es partícipe de los negocios que pueda hacer y claro está que si hay un patrono que se humilla y cede á los caprichos de los vinateros con respecto al escantillón, no comprende que si hoy por su simpatía le hacen compra de vasijas, mañana le puede ser antipático é esos mismos exportadores que por su conveniencia lo adulan, ó puede faltarle las facilidades que hasta el presente tienen de poder meter en el taller los materiales que necesite en las condiciones que hasta aquí lo viene haciendo; y entonces si esto ocurre, ¿cómo podrá subir el precio de la vasija siendo él el único culpable de tan desatinados negocios?

Nosotros seguiremos con nuestra catilinaria en este pequeño periódico como nuestro correligionario Susino en el Municipio según *La Revista Portuense*, hasta conseguir no solo que nos den lo que verdaderamente vale nuestro trabajo, sino desechar el escanti-

llón que tantos perjuicios nos está causando ó al menos que nos paguen á más precio esta vasija tan gruesa ya que son trabajos extraordinario.

Nosotros somos los que tenemos que resolver este asunto para mejorar nuestra precaria situación; para esto echemos manos á la única arma que nos puede defender, arma que bien esgrimida por los obreros es la que acabará con cuantas infamias y atropellos en contra de nosotros quieran cometer; este arma es la unión, con ella conseguiremos no ser tan inicua-mente explotados por inútiles capitalistas que obligados por su desmedida codicia, con la sangre del obrero se quieren alimentar.

CLIMACO

Municipaleras

AGUA, LUZ É HIGIENE

A nuestro juicio debiera ser el opígrafo de estas líneas el programa, la bandera que llevara siempre enhiesta dentro de la Corporación municipal la minoría socialista.

Ha celebrado ya nuestro municipio varias sesiones relámpago; pero ninguna tanto como la celebrada el 22 del último Septiembre; circunscrita fué esta á la aprobación del acta anterior y á la lectura de un pequeño oficio del Presidente de la Junta local del Censo, levantándose el acto inmediatamente por no haber más asuntos de qué tratar y estos hechos esperamos no se repitan con la aquiescencia de los concejales obreros, porque desgraciadamente aún distamos mucho de vivir en el mundo soñado por los idealistas.

No asistimos á esta sesión como no hemos asistido á las subsiguientes, porque los techos de la casa consistorial sin descansar sobre nuestros hombros, nos pesan como le pesaron á Sagasta ciertos derechos; pero diz que algunos de los asistentes á ella no se explicaban como la minoría socialista carecía también de asuntos de que tratar cuando en este pueblo es un mito la higiene, una negación la luz y un intrincado problema el abastecimiento de aguas.

Muy lejos de nuestro ánimo la intención de zaherir; esperamos que nuestros compañeros los concejales obreros, solo verán en estas líneas que honrando nuestra palabra cumplimos con el deber que nos impusimos al lanzar á los vientos de la publicidad desde estas modestas columnas «que la imparcialidad más estricta había de regular nuestros escritos», y por ello antes de hacer estas cuartillas que há tiempo bullian en nuestra mente, hemos procurado cargarnos de razón y para ello hemos hecho lo que nuestros concejales al juzgar por las apariencias han dejado de hacer, esto es, pasear á modo de investigador por el barrio alto y el llamado de Guía, barrios éstos que aun cuan parezca mentira, también forman parte de esta bellísima ciudad.

Y hemos visto sus calles tota'mente abandonadas, con sin fin de baches en el empedrado, falta de losas sus aceras y los moriscos caños de vista repugnante y hedor insoponible.

Hemos presenciado en la calle de Espeleta, cómo su caño central arrastra diariamente materias fecales de seres humanos y hemos visto que al pasar la escoba el barrendero y amontonar estos *detritus* envueltos con las aguas sucias, ha formado un pequeño Guru-

gü que hace inaccesible la calle, no por falta de espacio para poder transitar, sino por «sobra de higiene». Hay días y momentos en que sólo los avezados á respirar ambiente insano y Santos Doumón con su aeroplano, pero á respetable distancia, serian capaz de cruzar dichas calles.

No, no somos exajerados en nuestro aserto, y los que así creyeren, dñense como nosotros, unos paseitos por los sitios señalados y verán como no hemos dicho nada de las aceras convertidas en retretes públicos, verán como no hemos hecho mención del «barranco del Lobo», ó sea el solar de una casa de la calle de Espeleta y que al ser derribada no se cuidaron de tapiarla y se halla convertida en un muldar inmundado ¡Pero por algo y para alg se hizo la ley de compensación!

Por ello estas calles por las causas y concausas arriba señaladas, han merecido la atención de nuestro Municipio en lo relativo á economías en alumbrado público, y gozan de tal preferencia que en cuanto obscurece desaparece todo lo repugnante á la vista, poniendo al transeunte nocturno en el peligro de partirse hasta el bautismo.

De aquí que contra lo que opina un periódico local, creamos nosotros que aun todavía le faltan muchas condiciones al Puerto para darse el título de estación balnearia, y como nosotros ambicionamos como el que más, el engrandecimiento de la «patria chica», sacamos á la pública luz sus defectos, confiados en que solo así les será aplicado el remedio por los que tienen el ineludible deber de hacerlo; pues como en otro lugar se dice, los forasteros que con su presencia dan vida y alegría á este pueblo en la época veraniega, no solo transitan por el centro de la población y camino de la Puntilla, sino que visitan todo el pueblo y no sera en verdad muy halagüeño el juicio que se puedan formar de lo que vamos reseñando.

Ya hemos dicho en anteriores trabajos que hemos hecho encaminados al mismo fin que en éste nos proponemos que no reprobamos, sino al contrario, aprobamos sin reticencias de ninguna clase, cuantas obras se emprendan en pro del engrandecimiento local, y por ello no seremos sospechosos de egoísmo si pretendemos que nuestro Municipio se preocupe más de lo que se preocupa, de los barrios obreros. Tampoco á nuestra vez, calificamos de egoistas á los que pugnan por conseguir el adoquinado de la calle Larga, que al fin y al cabo está en muy regulares condiciones para el viandante y son envidiables las higiénicas que reúne; pero creemos que los únicos paganos (porque no tenemos á quién cobrarle) de todas las gabelas, arbitrios é impuestos que se crean para el sostenimiento de la vida municipal y que faltos de trabajo y miseramente retribuidos cual nuestros agricultores, que tienen forzosamente que vivir con sus proles en barrios anti higiénicos, lo menos que para ellos podemos exigir á nuestros concejales en particular y al municipio en general, es un poco de amor á la vida de los esclavos del terruño.

Y vamos como vulgarmente se dice, á curarnos en salud. Ya nos parece oír á los tarfufos de todas las situaciones, repetir el céebre cuento de Meco, tan en vigor desde nuestro desastre colonial; ya resuena en nuestros oídos el zumbido de los eternos moscardones de los «viva quien manda», y que siempre creyeron atenuar las culpas propias con el consabido «más eres tú», de todos los sin razón.

Y á éstos les diremos por si lo ignoran, que los pueblos Ligiénicos hay que hacerlos como se hacen á los pueblos ilustrados, esto es, por la imposición cariñosa de sus administradores, ¿y quiénes más llamados á ello que nuestra representación obrera?

¿Qué no habíamos de conseguir nada? Mejor.

Así se demostraría que la enfermedad no está en la ropa, sino que lo gangrenoso es el cuerpo de este orden social.

¿Qué por el contrario nos atienden? Mejor que mejor; todos saldriamos ganando con ello y demostraríamos de paso que hemos ido en calidad de saneadores, y siempre con hechos dejaríamos sentado lo bondadoso del programa por conciencia propia, obligado á defender, desbaratando así las hablillas de los que dicen que la mayoría tiene dos individuos más, y de los que aseguran son políticos lo mismo los de ideas que los profesionales.

EL DE ANTES.

Mi paso por la Cárcel

—(=)—

Habia hecho propósito de no ocuparme en poco ni en mucho de mi prisión, pero circunstancias y hechos acaecidos durante los diez y seis días que he permanecido en la Cárcel de esta ciudad, me obligan á no callar.

El día 17 del mes pasado, fui detenido por una pareja de guardias municipales, por orden del Juzgado de Instrucción; esto garrias me condujeron con todo género de consideraciones (lo cual dice mucho en favor del cuerpo á que pertenecen), á la cárcel donde fui encerrado en el asqueroso y antihigiénico cuarto que llaman Prevención Municipal; á las cinco de la tarde de este día se ordenó mi incomunicación, y fui trasladado á un calabozo del interior, que si bien no era tan mal oliente como el cuarto, no por eso dejaba de ser tan insalubre y asqueroso como él; allí estuve un cuarto de hora en que el señor Director del establecimiento, teniendo en cuenta mi estado de salud y la índole del delito, me trasladó al piso alto, donde permanecí hasta el día 20, que se decretó mi procesamiento y pasé á las brigadas con los demás reclusos.

El sitio que me destinaron, si bien estaba limpio, era húmedo y frío; circunstancia que me agravó en mi padecimiento, hasta el extremo de tener que solicitar la asistencia facultativa; como cada día que pasaba era una nueva agravación, pedí mi traslado al Hospital; y aquí empezó Cristo á padecer de verdad; se empieza á tramitar el asunto, y creo que para mi traslado al Hospital todo eran inconvenientes, puestos (según me han dicho) por elementos desconocidos; pero merced á las gestiones del señor Director de la Cárcel y algunas personalidades más que han procurado salvar los obstáculos que se oponían, he pasado al Hospital á los «siete días» de dar la baja el médico de la Cárcel.

Esta es la odisea de mi prisión desde el 17 de Septiembre al 2 de Octubre.

Ahora cúpleme dar las gracias desde estas modestas columnas al señor Director y vigilantes de la Cárcel por las consideraciones que me han guardado, dándome facilidades para

hacer más llevadera mi estancia en el establecimiento, y que demuestran claramente que se va entrando en el moderno régimen penitenciario.

No terminaré estas líneas sin señalar varias cosas que por ser de justicia debiera ser atendidas por quien corresponde hacerlo.

1.º Procurar que las medicinas que se recetan para los enfermos presos, que se despachen con alguna más diligencia, pues una receta para mí expedida por el médico el día 28 me la trajeron el día 30 por la noche, y esto como es de comprender no es lógico.

2.º Como en esta Cárcel hay siempre presos de los pueblos del partido judicial y las horas de los trenes no son siempre las más apropiadas para venir á ésta, sería un favor grande para los desgraciados que están presos, el que los domingos se les diese también á más de la comunicación de la mañana, otra por la tarde de tres á cuatro, y con eso las familias que por las mañanas no pue en venir, lo harían por la tarde dando con ello un rato de alegría á su rec uso.

3.º Que procure el señor comerciante que abastece la Cárcel, no enviar habichuelas como las mandadas en la segunda quincena de Septiembre porque con el o desvirtúa los buenos servicios del Director en dar buena comida á los presos; y si por acaso le quedan algunas, haría ese señor comerciante un acto de patriotismo cediéndola al Gobierno para que sirva de metralla en Marruecos, pues de seguro que habichuela que trípice con moro «moriatur»; siga mandando como las de ahora y tendrá el espíritu tranquilo, pues de lo contrario, siempre lo estará levantando para arriba.

Y 4.º Que el arresto municipal se limpie por lo menos una vez en semana, (pero no por los presos de la Cárcel; y si éstos lo hacen que se les gratifique su trabajo) y con ello se hará menos asquerosa y repugnante la estancia á los que tengan que estar allí como yo estuve en mi estado normal.

Y hasta el número próximo en que os entretendré, pacientes lectores con «Mi paso por el Hospital».

ZAID.

Puerto 4-10 909.

CRONIQUELLA

Desde Sevilla

Ante un cuadro «plástico»

Uno de esos domingos que hemos dado en llamar *dominicales*, por referirse al descanso del obrero, me echo á la calle y me encamino, á eso de las nueve de la mañana á las *Lumbreras*, «sitio» donde se congregan los «po-

bres» que reciben el socorro de la Asociación de Caridad.

Un feo y antiguo caserón, que presenta el mismo aspecto de abandono que la *clientela* que le visita por el exterior, es el inmueble que, por una de sus ventanas, y á guisa de taquilla una de éstas, sirve para depositar en manos de los necesitados las fichas ó los dineros.

Conozco que éste es el «sitio», porque al llegar hallo á la entrada de la calle Lumbreras—por la Alameda—y Jesús del Gran Poder—colindante al caserón—infinidad de «pobres» que, sentados en los filos de las losas unos (dejando paso al transeunte) y otros formando grupos, aguardan la «hora».

Yo me paro en el cruce de ambas calles, y desde una de sus esquinas contemplo.

Ancianos y valetudinarios de ambos sexos son los que se ven. No hay infancia, ni juventud, ni «pobres decentes» (al menos, yo no los veo durante el tiempo que observo), y á su manera discurren sin hacerme cargo de sus charlas.

Mi individuo, que denota la presencia de un dependiente de *popina* (cuidado cajistas con poner propina) por lo rasurado, mi poquita barriga y traje nuevo—sabido es lo sucio que son muchos taberneros—á igual que Volney se hacía un mar de consideraciones ante las ruinas de Palmira, ciudad pomposa y célebre, también reflexiono yo ante los incontables años allí reunidos y en ruina; entro á pensar qué tiempos más florecientes habrán conocido de trabajo, qué buenos jornales habrán ganado, cobrándolos en oro, á cuántos no habrán enriquecido para venir á parar, allá en el ocaso de la vida, en un marasmo que sirve de marco á ese pomposo hueco que llaman Caridad. Porque no hay duda que allí, al no ver «pobres decentes», ni juventud, ni infancia, todos aquellos seres en sus mocedades habrán labrado la tierra unos, como otros habrán ocupado fábricas, oficinas y talleres, y no pocos habrán hecho sentir placeres á los sardanápalos de la riqueza.

Al fijarme en tantos despojos humanos, venía á mis mientes una desigualdad irritante y reflexionaba sobre los «obreros» servidores del Estado que, siendo viejos, no tienen que formar en la vía para cojer sus pensiones—no

limosnas—con nosotros que, servidores del capital, cuando no servimos, no nos queda más que la Caridad, ya sea en un Capachino recluido ó ya sea en la vía pública.

De estas meditaciones me sacó, no el genio que transportó á Volney á los espacios para señalar todas las religiones que existen y darlas á conocer como falsas, sino un octogenario que algo encorvado, con ropa sucia y una buena colilla en la boca, se paró junto á mí, al objeto de la limosna y pedir-me candela de paso.

Cumplido el «favor» de la candela, cual *reporter*, hube de interrogarle acerca de la benéfica institución, y se expresó así:

—Esto es bueno para nosotros los pobres que, ya viejos, no hallamos trabajo. Vea usted los cientos y cientos de limosnas que se reparten todos los días, que sin la Caridad tendríamos que mendigar para nuestras necesidades.

—¿....?

—Sí, señor, hay disputas porque unos quieren más que otros por tener más «obligaciones»; pero don José es muy listo, y como los conoce á todos, las corta.

—¿....?

—Sí, también se extiende á otras personas que no son diarias á esta casa y son las que causan altas y bajas en el socorro, pues nosotros, todos los que ustedes vé ahora, somos permanentes á las fichas y nuestras bajas son por defunción ó por ir á Capuchino ó á un asilo.

—¿...?

—Verá usted, cómo las fichas que á mí dan (dos), no es más que para ir á la cocina económica para tomar dos raciones, pues para lavar la ropilla, afeitarme y pagar el cuarto, pues tengo que pedir, pero que lo hago por las afueras para que no me prendan.

—¿...?

—Es verdad. La mendicidad no se puede quitar apesar de los buenos deseos de la Asociación, porque como yo, se encuentran todos esos compañeros de fichas.

Algo más me dijo el vejete al recordar su juventud, de paso que le daba para un liaillo, y que resumo con estas frases:

—Toda esta triste situación es causa del olvido que se tiene en la mocedad al no luchar los obreros por un algo que los dignifique.

Molestia podrá dar el mendigo en la vía; pero la exhibición del cuadro que presentan todos los congregados para cojer las fichas es de un efecto que, si es «plástico», como le oí decir á uno, yo digo que es *aplastante* para la actual sociedad, que se dice cristiana.

A. RENATO.

2—10—09.

¡Un buen amigo!

Le ví muchas mañanas á la puerta de la modesta casa de sus dueños. ¡Era un marrano hermoso, que tendría quince arrobas, lo menos! Y siempre al pasar yo, y al contemplarle, interrumpía su sabroso pienso, y me decía adiós, con un gruñido aun más afectuoso y más atento que el adiós obligado con que saludan muchos caballeros... Siempre humilde, tristón y pensativo, llegó á inspirarme simpatías el cerdo, y hasta me hizo olvidar, no pocas veces, las acciones de muchos, que creyendo que son unas personas distinguidas, ¡resultan unos puercos! Ayer — ¡qué desventura! — como siempre pasé junto al portal en que, comiendo, encontraba al marrano de mi historia, y, la cómica jeta ensangrentada, inmóvil, mustio y yerto, exhibiendo sus lomos y tocinos estaba el pobre cerdo. Sentí cierta impresión inexplicable, y, en confuso tropel, muchos recuerdos de los pasados días se agolparon en mi memoria, al contemplar al muerto. Y no lloré, porque un olor gratisimo, penetrante é intenso, á sabrosa morcilla recién hecha, endulzó el amargor del sentimiento. Pero ¡ay! por mucho tiempo que transcurra me acordaré del cerdo. ¡Me lo encontraba todas las mañanas; era cortés y bueno, y al morir aún nos deja longanizas y jamones soberbios! ¡Cómo le he de olvidar! ¡Es imposible! ¡Hay amigos que dejan mucho menos! ¡Y aun algunos dirán que fué un cochino! ¡Más cochinos son ellos!

Por la copia,
RAFAEL RIVERA

Buenos Aires 31-8-1909.